

al público-marinero. Es la última hora de la noche, pronto despuntará el día.

CAPITÁN BUSTAMANTE.—

Quién hubiera pensado el destino de los restos de Colón.
Ni cuando regresó a España cargado de cadenas,
cayó en tales desgracias.
Aún el recuerdo de esa vejación le persigue,
como si nunca le hubieran quitado los grilletes.
Cada noche le oigo repetir esta oración:
«Horrible mansión triste,
mausoleo de la culpa,
en tu lóbrega noche
guardo el día de mi eterna tumba».

Los restos de los marinos debieran volver al mar,
para que nuestro cuerpo se convirtiera en pez
y navegara por los cuatro océanos.

El alba comienza a brillar.

Aunque cuando vivos, los marinos en alta mar
ponemos nuestra esperanza en ver tierra.
Por eso cuando Rodrigo de Triana gritó: «Tierra,»
el Almirante dijo: «¡Alegría... alegría!»
Mas cuando muertos, nos llama el agua.
Los muertos no tenemos reposo sin entierro,
vagamos y nos platicamos las aventuras del mar,
hasta que el vientre de la tierra nos acoja,
o el mar nos arrope con su mortaja de agua.

Debería estar disgustado con el Almirante,
pues me ha jugado una mala pasada,
haciéndome creer que compartíamos la travesía en cuerpo
y alma,
pero presiento que sólo su espíritu regresa a España.
Anoche la estrella polar brilló
como si fuera una mujer que nos llamaba.
Acaso por eso sintió nostalgia de su reina,
y me contó la vez que la amonestó:
«Majestad, ¿podéis vencer el orgullo
y caer sencillamente a los pies de Cristo,
como yo lo hago,
y deliberar tranquilamente conmigo
sobre la manera de salvar el mundo?»
Mas no se puede llevar siempre a las espaldas
la felicidad del Mundo...

*Se oye el clamor de la sirena náutica que avisa al puerto la llegada a las
islas Bermudas, en escala intermedia el 29 de diciembre de 1898*

La sirena anuncia la mitad de la travesía
entre América y España.
Hasta este océano de los atlantes cambió Colón
el eje del mundo,
Tengo que irme, no quiero que se vaya a sentir solo,
el gran Almirante de la fantasía.

El CAPITAN hace mutis por entre el público-marinero. La luz de la sala se intensifica a su paso, mientras el escenario queda a oscuras para dar comienzo al Sainete siguiente

SAINETE DE LA CONTRADICCION

Tres individuos aparecen en el fondo de la escena, llevan una gran mesa, discuten a señas, hasta que una voluntad se impone, y la mesa queda frente al público. Los tres historiadores salen a diferentes lugares en busca de su silla. Regresa uno con una silla, se mira triunfante; la coloca en un extremo de la mesa y se sienta: pronto descubre su preferencia sobre el otro extremo, con rapidez se cambia, pero sospecha que el mejor lugar es el central, con gran parsimonia va hasta ahí, y se sienta. En ese instante regresan los otros dos disputándose una silla. No hay palabras, sólo apavientos y caratoñas. Llegan hasta la mesa, el historiador sentado mira a sus colegas con desprecio. Uno gana al sentarse primero; el otro, al sentirse desillado, hace mutis en busca de un reposario para su trasero. Regresa inmediatamente, por un punto lejano del que salió. Carga gozoso un sillón obispa, que es la envidia de sus adversarios. Los tres han quedado por fin sentados en los tres extremos de la mesa; el cuarto pertenece al público. Simultáneamente los tres historiadores sacan un papel e inician su lectura con un «Cristobal Colón,» se interrumpen, se ceden la palabra, uno a uno la rechaza, hasta que de nuevo dicen «Cristobal Colón,» al unísono. Sonríen incómodos, y miran de reojo al público.

Son el periodista norteamericano del Philadelphia Gazette, quien el 29 de febrero de 1796 escribe sugiriendo que los restos de Colón nunca dejaron Europa; don José Agustín Caballero, canónigo de La Habana, quien publica tres artículos en 1796 en defensa de la autenticidad de los restos trasladados de Santo Domingo a La Habana; y el historiador dominicano Emiliano Tejera —autor del excelente ensayo Los dos restos de Colón, 1879, en defensa de los restos de la Isla Española—. Visten según la moda de su tiempo y su lugar, su condición y su verdad.

PERIODISTA NORTEAMERICANO.— [Se pone de pie intempestivamente, habla castellano con acento.] La historia que publicar un periódico francés del cambio de sitio de las cenizas de Colón de Santo Domingo a Cuba en 1795, ha exitado cierta curiosidad. La historia es soportada por un leve testimonio... By a sligth evidence.

Todos cambian estratégicamente de posición, para quedar de nuevo pacíficamente sentados, como si nunca se hubieran levantado. EL CANONIGO es navarro.

CANÓNIGO.— ¿Puede llamarse ligero testimonio el de los historiadores más respetados y célebres? ¿El de una tradición continua de personas literatas congregadas para hablar la verdad y enseñar la moral cristiana?

Los tres pugilistas de la historia se miran instantáneamente, y como si supieran la decisión de todos, cambian de silla.

HISTORIADOR DOMINICANO.— Indiscutiblemente los huesos están en la Dominicana. Reconocer la verdad y acatarla, es el proceder verdaderamente español con la rectitud e hidalguía de ese pueblo altivo y caballeroso.

PERIODISTA NORTEAMERICANO.— Los remanentes fueron transportados de Valladolid a Sevilla poco después de la muerte, en donde depositarles en la catedral, bajo una piedra que decía: *A Castella y Arragon, otro mundo dio Colón [sic.]*. Los historiadores contar ida a Santo Domingo, [*ríe.*] pero el tiempo no ser fijada...

El PERIODISTA NORTEAMERICANO cambia de posición por abajo de la mesa, sus contrincantes aparentan no darse cuenta.

CANÓNIGO.— ¿Qué prueba hay que no sean sus huesos los que se llevaron a Cuba, cuando así lo habíamos leído y lo habíamos oído siempre?

PERIODISTA NORTEAMERICANO.— Solamente una vez dijeron que las cenizas de Colón en La Dominicana, junto con las de su hermano Luis. [*Ríe presumiendo inteligencia.*] Pero la ignorancia de esta gente es obvia, Colón no tener una hermano de nombre Luis, sino *Barrhelemy [sic.]*.

El CANONIGO se levanta con elegancia y deambula no lejos de la mesa, cuidando su lugar.

CANÓNIGO.— Diga el periodista norteamericano de quienes son si no, los restos de Colón y su hermano *Bartolomé*, y no se anticipe a tomarse la libertad de llamar ignorante al ¡pueblo español!

El CANONIGO le saca la silla al ingenuo PERIODISTA, quien cae al suelo. Mientras el CANONIGO lleva con aparente parsimonia la silla robada al extremo vacante. Continúan con toda seriedad.

HISTORIADOR DOMINICANO.— Declaremos con más o menos rudeza que el descubrimiento de los restos en la Dominicana en 1785 es una grosera superchería; los verdaderos quedan ahí, en la primera basílica de América.

PERIODISTA NORTEAMERICANO.— [*Aún reponiéndose.*] Se reporta que Columbus *quirió* que las cadenas que llevó a España, las depositaran en la tumba, pero en ningún lado están porque los Españoles no *querer* conservar semejante monumento de su vergüenza.

Los tres intentan cambiar simultáneamente de silla, el CANONIGO pasa sobre la mesa. A la mitad del movimiento se detienen al sentir la presencia del NOTARIO, quien había entrado hacía unos instantes. Es don Adolfo

Rodríguez Palacios, quien fue testigo notarial de la recepción de los restos colombinos, en Sevilla, el 19 de enero de 1889. Tose, como profesional que es, y los tres pugilistas de la historia toman la silla que encuentran.

NOTARIO.— [*Habla con gran autoridad moral.*] Yo, Adolfo Rodríguez, notario público, a diez y nueve de enero de mil ochocientos noventa y nueve del nacimiento de Nuestro Señor, en la ciudad de Sevilla. Comparecen ante mi el excelentísimo señor don Cristobal Colón [*Entra y se dirige al NOTARIO. Viste con elegancia decimonónica, tiene un ligero parecido a su antecesor. Los historiadores han quedado atónitos.*]... de la Cerda Ramírez Baquedano, grande de España, almirante y adelantado de las Indias, duque de Ver-agua, marqués de Jamaica, doctor en la facultad de derecho, caballero de la orden del Toison de oro, gran cruz de Carlos III y de la concepción de Portugal, senador del reino. Exministro de fomento, gentilhombre de cámara de S.M. el rey Alfonso XIII, con ejercicio y servidumbre, presidente de la junta de valoraciones y aduanas, individuo del real consejo de agricultura, industria, comercio, y de la comisión permanente de la asociación de ganaderos del reino, presidente del consejo del monte de piedad, de estado casado, provisto de su cédula personal de primera clase.

Y el señor don Alfonso Pizarro [*Aparece por el lado opuesto, viste con mesura.*], alcalde presidente del ayuntamiento de Sevilla, de estado viudo, provisto de cédula de cuarta clase. [*Sonó a reproche social.*]. A requerimiento de estos señores y siendo las nueve y media de la mañana [*Los tres historiadores ven la hora en relojes de sus épocas respectivas.*], me constituí en el muelle del río Guadalquivir, al efecto de levantar acta de la llegada, recepción y sepelio de los restos mortales del Descubridor del Nuevo mundo... Resuelto por el duque de Ver-agua que reciba nueva sepultura...

HISTORIADORES.— [*Al unísono.*] ¿Nueva?

NOTARIO.— [*Por primera vez ve a los HISTORIADORES.*] Y definitiva... en la catedral de Sevilla. Inmediatamente que el crucero del Conde de Venadito llegue a Cádiz, se avisará telegráficamente, y el buque torpedero Giralda lo transportará hasta la ciudad... [*Se oye el sonido sincopado de un telégrafo. Todos buscan su origen sin encontrarlo.*] A las diez y media se avistó el buque...

Aparece la plataforma llevando solamente el féretro de madera, cubierto con la bandera española —como aparece en la Loa—. Nadie la impulsa. Los contrincantes siguen con la vista el navegar hasta que atraca el navío.

NOTARIO.— Cambiando los saludos de cortesía [*lo hacen.*], se hizo entrega de la caja al duque de Ver-agua, quien conociendo la identidad de los restos...

HISTORIADOR DOMINICANO.— [*Con ira sincrónica.*] ¡Falso! [*El CANONIGO afirma: «¡Cierto!».*].

Los tres HISTORIADORES continúan simultáneamente su alegato.

PERIODISTA NORTEAMERICANO.— The story is supported by sligth evidence. The time is not fixed, for Cristopher Columbus had no brother by the name of Louis.

CANÓNIGO.— No se anticipe a tomarse la libertad de llamar ignorante al pueblo español, concluyamos que la parcialidad le alucinó y en que es menester sacudir las preocupaciones antes de tomar la pluma para escribir.

HISTORIADOR DOMINICANO.— ¿Cuál tumba más a propósito que la primera basílica de América, la obra más perfecta de la isla amada de Colón? Lo demás es una grosera superchería.

Al unísono, los tres HISTORIADORES terminan su alegato, quedando con la gesticulación congelada. Colón y Pizarro suben a la balsa; ésta navega sin impulso visible hasta hacer mutis.

NOTARIO.— Antes de salir de Cuba para Sevilla, se celebró una misa por el eterno descanso del alma del Almirante, dirigiendo también preces al Altísimo por las víctimas de nuestras últimas guerras coloniales.

La discusión se reanuda. Los diálogos son individuales a pesar del acaloramiento.

CANÓNIGO.— El colega norteamericano parece ser demasiado delicado ante cualquier error, yo no soy tan delicado, y así lo confieso ingenuamente, pero él se equivocó cuando dijo: *A Castilla y Aragón*, debe decir: *A Castilla y León*.

PERIODISTA NORTEAMERICANO.— [*Se coloca una boina a la moda de la primera década del siglo XX.*] Al demoler el Consolidated Stock de New York, en 1907, los constructores descubrieron una caja de metal, conteniendo partículas de los huesos de Colón, su exhibición será en el hotel Plaza. [*Habla buen castellano.*]

HISTORIADOR DOMINICANO.— El gran Almirante sigue olvidado en su tumba de la isla Española, por cierto, junto a la tumba del primero de los Bolívar que emigró a América.

NOTARIO.— [*Con gran dolor.*] El crucero Conde de Venadito, también condujo los restos del Capitán de Navío don Joaquín Bustamante, último de ese empleo, muerto en defensa de la soberanía Española sobre el último resto de aquél imperio colonial, que el gran Almirante aportase a la corona de Castilla.

Los HISTORIADORES miran al NOTARIO con desagrado, se ponen de pie e inician su cambio de opiniones, mientras cargan la mesa con dirección a su mutis.

PERIODISTA NORTEAMERICANO.— Sus restos nunca salir de España.

CANÓNIGO.— Regresaron a Sevilla.

HISTORIADOR DOMINICANO.— Están en Santo Domingo.

El NOTARIO mira con cansancio a los HISTORIADORES de la contradicción y decide abandonar la escena. Los HISTORIADORES lo miran irse y continúan con su discusión hasta hacer mutis.

PERIODISTA NORTEAMERICANO.— Colón era genovés.

CANÓNIGO.— Extremeño.

HISTORIADOR DOMINICANO.— Catalán.

CANÓNIGO.— Era gallego.

PERIODISTA NORTEAMERICANO.— Mallorquino.

HISTORIADOR DOMINICANO.— Era definitivamente judío.

Cuando los HISTORIADORES han desaparecido, el NOTARIO sorprendentemente se asoma por entretelones, se dirige al sufriente público, entre sigiloso y bromista.

NOTARIO.— ¡Por lo visto, Colón era obicuo como Dios, y embaucador como el demonio!

El NOTARIO desaparece avergonzado, mientras da inicio la jornada tercera.

JORNADA TERCERA

De la izquierda, aparece un niño de doce años, tirando de un gran baúl con visos de cofre del tesoro. Debido al gran peso, unas veces empuja y otras tira. Al fondo del escenario, se percibe la silueta de una señora tejiendo, mientras se campaneá en una mecedora de bella figura, cuya dócil madera austriaca, dibuja complicadas circunvoluciones. Son la regente María Cristina y su hijo, el joven y futuro Alfonso XIII —MADRE y REY NIÑO—. Es el año de 1898, en el que la reina viuda cumple cuarenta años de vida y trece de ser regente. El baúl guarda modelos de barcos de la Armada Española. Esta jornada pertenece al maravilloso mundo de los juegos infantiles, en el que los reyes y las guerras tienen un aura de cuento.

REY NIÑO.— [*Saca barco tras barco del baúl de los tesoros.*] Madre, me gusta jugar con barcos.

MADRE.— A mi también me agrada el mar.

REY NIÑO.— Me gustan los barcos de guerra.

MADRE.— Unos barcos descubren mundos, otros los destruyen.

REY NIÑO.— ¿Cuántos barcos tenemos en el mar?

MADRE.— Tantos como ese arcón, y algunos más.

REY NIÑO.— ¿Crees que ganaremos la guerra de Cuba?

MADRE.— [*Deja de tejer.*] Juega ahora a hacer la guerra, y cuando seas hombre aprende a pelearla. [*Vuelve a la manualidad.*].

El REY NIÑO va dando los nombres de los barcos, mientras los acomoda estratégicamente en el escenario.

REY NIÑO.— El crucero Alfonso XII... El cañonero Nueva España... El crucero Conde de Venadito... El acorazado Segismundo... Los cañoneros Pinzón y Magallanes... El acorazado Carlos V... El cañonero Don Quijote de la Mancha... Los destructores Terror y Furor... El acorazado Alfonso XIII... Madre, ¿por qué un barco lleva mi nombre, si todavía no soy rey?

MADRE.— Tú fuiste rey al nacer, porque tu padre murió.

REY NIÑO.— Mi barco favorito es el Cristóbal Colón, de treinta centímetros de acero, con desplazamiento de 6840, velocidad de 20 nudos, con 16 piezas de artillería... Y el más veloz de los barcos españoles. [*Lo acomoda orgulloso.*] ¿Tienen los norteamericanos muchos barcos?

MADRE.— Ya lo veremos

El REY NIÑO saca del baúl un uniforme de la Armada Española. Se lo pone, y nota que le queda grande, arregla lo que puede. Una penumbra cubre poco a poco a la MADRE. El REY NIÑO camina por el área de los barcos, que él imagina altamar, con sonidos y aromas. Del cofre sale un Almirante de gran prestancia —Pascual Cervera y Topete— y se presenta frente al REY NIÑO.

ALMIRANTE.— El cañonero Magallanes no puede encender los fuegos. Los cazatorpedos, empleados como cruceros han perdido velocidad. Las reformas del Carlos V no han estado terminadas. El destructor Terror se ha quedado por reparaciones. Dos de los cruceros son completamente inútiles. El Alfonso XII, con perdón, no puede moverse, y el Reina Mercedes que tiene inutilizadas 7 de sus 10 calderas. Los únicos confiables son Quijote, Segismundo y Colón...

REY NIÑO.— ¿Y el Alfonso XIII?

ALMIRANTE.— El acorazado que lleva vuestro nombre, con el perdón de V.M., es de escasísimo andar.

REY NIÑO.— ¿Qué pasará si los Estados Unidos bloquean la isla de Cuba?

ALMIRANTE.— Su Majestad anuncia ser un estratega. Difícil sería romper el bloqueo y llegar hasta la bahía de Santiago.

REY NIÑO.— Intentémoslo.

ALMIRANTE.— ¿Es conveniente que esta escuadra salga inmediatamente para América, o debería permanecer aquí para proteger nuestras costas y las Canarias?

REY NIÑO.— En América está el enemigo, no en España.

ALMIRANTE.— Sois valiente.

REY NIÑO.— [*Mueven los barcos.*] De Cádiz... a Cabo Verde... de ahí, cruzando el Atlántico... a la Isla Martinica para abastecer carbón.

ALMIRANTE.— Los franceses no permitieron a la escuadra hacer carbón.

REY NIÑO.— [*Piensa la siguiente jugada.*] Vamos a Curacao, los holandeses son negociantes.

ALMIRANTE.— Buena estrategia.

REY NIÑO.— Y de esa isla a nuestro Puerto Rico.

ALMIRANTE.— Cuba es el objetivo de los norteamericanos.

REY NIÑO.— Si solamente Cuba lo fuese...Pero tienes razón, ¡A la bahía de Santiago!

Adelantan todos los barcos. Ambos se divierten.

ALMIRANTE.— La pericia naval española quedó palmariamente demostrada. Hoy es un día para la historia: 19 de mayo de 1898, la Armada llegó intacta a Cuba, acaso porque no encontramos ningún buque enemigo.

REY NIÑO.— [*Con enfado.*] Han pasado siete días y el enemigo no aparece.

Del baúl sale el CAPITAN JOAQUIN BUSTAMANTE. Su humanidad no pertenece al reino de los cuentos, es el mismo de la Loa.

CAPITÁN BUSTAMANTE.— No tenemos carbón para las máquinas, hay que partir para Puerto Rico aprovechando la noche. Si el enemigo no aparece pronto, las máquinas quedarán sin combustible.

ALMIRANTE.— Pero con este temporal es peligroso, el crucero Colón pudiera encallar en la roca de Punto Morriño, y es nuestro mejor barco.

CAPITÁN BUSTAMANTE.— Nuestro escuadrón, al estar bloqueado por fuerzas norteamericanas en mucho superiores, tiene pocos prospectos de salir unido y romper el bloqueo. Salir abiertamente y aceptar la batalla me parece inhumano, y prepararía el triunfo fácil para el enemigo.

ALMIRANTE.— Esperaremos a que el mar se calme, y a que se presente otra oportunidad.

REY NIÑO.— ¡Esa decisión es fatal! Será nuestra derrota.

Del cofre sale el MAESTRE.

MAESTRE.— La bahía ha quedado embotellada. Los norteamericanos hundieron intencionalmente su buque carbonero Merrimac a la salida de la bahía.

REY NIÑO.— Nos hemos quedado con el doble seis horcado en el dominó.

Del cofre sale el CONTRAMAESTRE, lleva un telegrama en la mano.

CONTRAMAESTRE.— Telegrama de España.

ALMIRANTE.— [*Lee con pesadumbre, luego dice.*] El momento de la discusión ha pasado, sólo nos queda obedecer. Saldremos ahora de la bahía de Santiago en busca del enemigo.

REY NIÑO.— ¿Y los frentes en tierra?

MAESTRE.— Los soldados norteamericanos y el pueblo cubano pelean unidos.

REY NIÑO.— ¿Por qué los cubanos no nos quieren?

CAPITÁN BUSTAMANTE.— Les matamos a su poeta José Martí, y la sangre de un poeta siempre es semilla de libertadores. [*El REY NIÑO se sorprende.*]

REY NIÑO.— ¡Hay que partir!

Los cinco marinos, con movimientos estratégicos, mueven los barcos en sentido contrario, con dirección a la bahía de Santiago. Son las nueve de la mañana del infausto 3 de julio de 1898.

ALMIRANTE.— ¡Voy al suicidio arrastrando conmigo a estos hijos de España!

CAPITÁN BUSTAMANTE.— ¡Eleven anclas al cielo!

ALMIRANTE.— ¡Fuego!

Se escucha el inicio de la batalla. Los barcos españoles reciben el impacto de la superioridad naval norteamericana. Cuatro horas más tarde, todos los barcos españoles estarían perdidos.

MAESTRE.— ¡Por Dios!

CONTRAMAESTRE.— ¡Por España!

El REY NIÑO reparte a los barcos heridos banderillas cortas con listones rojos y amarillos que parecen lagrimones de sangre española.

ALMIRANTE.— ¡Han baleado al Segismundo!

REY NIÑO.— ¡El Carlos Quinto no existe más!

CONTRAMAESTRE.— ¡Ya no hay Terror ni Furor!

MAESTRE.— ¡Los Pinzones se hunden!

CAPITÁN BUSTAMANTE.— ¡Han herido al Don Quijote!

REY NIÑO.— ¡El Alfonso XIII arde por la proa!

ALMIRANTE.— ¡Se hunde nuestra armada invencible!

Después de cierta agonía, los barcos son puestos de costado, como flotan los peces muertos en un mar infesto. El REY NIÑO ha pasado de palmotear con alegría a su juego bélico, a mirar atónito la derrota. El último barco en ser herido es el Cristobal Colón, a la 1:00 de la tarde. El MAESTRE y el CONTRAMAESTRE están en el Colón; el REY NIÑO observa el último hundimiento con desesperación.

CONTRAMAESTRE.— ¡Han cañoneado al Colón!

MAESTRE.— ¡No es lo suficientemente grave para hundirlo! Los norteamericanos se van a quedar con el Colón.

CONTRAMAESTRE.— ¡Hundámoslo! Pon la bandera a media asta, fingiremos rendición. Yo me encargo del resto.

MAESTRE.— ¿Pero qué hago si el enemigo aborda?

CONTRAMAESTRE.— ¡Recíbelos con unas botellas! ¡Sólo necesito unos minutos para abrir las válvulas!

REY NIÑO.— ¡No lo hagan!

Los cuasitraidores no pueden escuchar al REY NIÑO. En ese instante el CAPITAN JOAQUIN BUSTAMANTE cae herido en la ingle, nadie lo ayuda —pues según la historia fue herido mortalmente en tierra, en la batalla de Lomas de San Juan, en la madrugada del 2 de junio de 1898—. Con gran pathos ven la doble agonía. Se hace el silencio de la derrota. El REY NIÑO pone litúrgicamente una banderilla en la ingle al CAPITAN BUSTAMANTE y otra al Colón. El barco y el hombre mueren simultáneamente. Oscuro paulatino.

Cuando la luz regresa es el 17 de julio de 1898, una bellísima mañana caribeña. Los despojos aún están en escena; los marinos han desaparecido, sólo permanecen el cadáver del CAPITAN BUSTAMANTE y El REY NIÑO que aún mira sin comprender el trágico espectáculo. En el centro del escenario, una bandera española ondea en un mástil; los SIAMESES hacen guardia a pesar de su mano soldada. Se escucha una voz militar en altoparlante:

VOZ DEL ALMIRANTE.— ¡Tropas españolas, rendid armas, ya!

Los SIAMESES colocan sus fusiles en el suelo. La bandera española, que había ondeado en América por cuatro siglos, comienza a bajar en medio de un gran silencio. Los SIAMESES se sienten impelidos por una gran fuerza interior que los quiere separar, luchan por asirse con alaridos inaudibles. Una bandera norteamericana sube orgullosa al mismo mástil. Los SIAMESES se han separado a pesar de su deseo de seguir compartiendo la Hispanidad. El REY NIÑO llora sus primeras lágrimas de hombre.

SIAMESA.— ¡Viva Cuba, ahora libre!

SIAMÉS.— ¡Viva España, ahora sola!

Ambos han quedado heridos. La oscuridad comienza a devorar la escena. El milagro de la luz teatral hace que la figura de la MADRE regrese. Sigue

con su mecer pausado y su paciente tejer, el arte de sus manos ha tejido un larguísimo sudario.

MADRE.— [Se pone de pie enérgica.] ¡Mira que desorden! ¡Por eso no me gusta que juegues a los barcos! ¡Ya es hora que comiences a pensar como el rey que vas a ser, cuando alcances la mayoría de edad!

Oscuro instantáneo. La música del mar preludia el Sarao final.

SARAO DE LA VEINTE NACIONES

Una penumbra destaca la silueta del CAPITAN BUSTAMANTE, viste todavía de marino, lleva la cabeza y la ingle vendadas, aún conserva la banderilla regia. Navega sobre la balsa aqueronta, remando con desgano como si no quisiera llegar a puerto. La balsa lleva un velamen con las veinte banderas de la Hispanidad; la brisa marina hace que ondeen orgullosas. Aún los despojos de guerra están en escena, con excepción del mástil y la bandera. Los SIAMESES están ahora separados y viajan también sobre la balsa. El clamor del mar continúa en todo el Sarao.

CAPITÁN BUSTAMANTE.—

Cuando llegó el navío-torpedero Giralda,
para transportar sus restos de Cádiz a Sevilla,
sentí una inmensa tristeza.
Le dije adiós con un mar anudado en la garganta.
El sonrío y me dijo:
«Mi patria es el océano.»
Cuando bajaban nuestras cajas,
nos abrazamos,
bien sabíamos que no nos volveríamos a ver.
Al momento de partir, agregó:
«He adquirido la indiferencia sonriente
de los espectros.
Hay que ser estatua para comprender».

Durante el (par)lamento siguiente se anuncia el amanecer.

Fue entonces cuando me abrió el dolor
de su sueño postrero.
En sus últimos años, llegó a sentirse
profeta.
Investigó hasta la última letra
en los libros antiguos
que anunciaban un mundo nuevo,
y se sintió elegido como un mesías.
Su propio nombre quiere decir «el que lleva
a Cristo».
Dios lo castigó por abusar de la fe,
a ser un alma en pena,

mientras el Nuevo Mundo sea infeliz.

Los SIAMESES sienten su doloroso muñón, ahora son un ESPAÑOL y una MESTIZA.

ESPAÑOL.— ¡Nunca seremos felices!

MESTIZA.— ¡Pero Colón nos legó una llave... y una gran esperanza!

Se escucha un Sarao musical —acaso el del Concierto Serenata para arpa y orquesta de Joaquín Rodrigo—. La balsa-mariposa ha girado y regresa persiguiendo su estela perdida. Los SIAMESES sonrían plenos de amor, ahora visten blue jeans a la moda de 1992.

CAPITÁN BUSTAMANTE.— Por eso Colón siempre nos vigila desde el mástil de la esperanza.

Y un día exclamará de nuevo:

«¡Alegría... alegría!...»

La balsa se aleja con mayor rapidéz, mientras el CAPITAN BUSTAMANTE y los SIAMESES repiten esta letanía plena de ecos: «Veinte naciones...Una esperanza... Veinte naciones... Una esperanza...» Con gran amor van diciendo adiós al público con ambas manos. Oscuro final paulatino. El Sarao alcanza grandes sonoridades. Final.

UNAS PALABRAS OCIOSAS

El quinto viaje de Colón es una gran farsa que lleva a la escena la travesía de los restos mortales del Descubridor. La historia del teatro posee innumerables obras colombinas, a pesar de las insuperables dificultades que presenta el personaje teatral de Cristóbal Colón; acaso porque su hazaña fue un triunfo de la humanidad sobre la geografía, mas no un conflicto humano teatralizable. Lope de Vega inauguró el teatro colombino con *Nuevo Mundo descubierto por Colón* (1598), y posteriormente hizo aparecer al Descubridor en *El príncipe perfecto*. Pocas piezas logran las excelencias de *Christobal Colon* de Luciano Francisco Comella (1790), ahora olvidada como todas las de este autor injustificadamente proscrito. Otra obra colombina de interés es *Columbus or A Wold Discovered* de Thomas Morton, estrenada en el Covent Garden de Londres en 1792; a pesar de que Moratín menciona en sus memorias de este montaje con desagrado. En el siglo XX se ha escrito el mejor teatro sobre Colón: Claudel y Kazantzakis lo concibieron santo; Charles Bertin, hombre; y Ghelderode, mito.

Mi Colón personaje no existe en escena, es tan sólo un espíritu chocarrero, cuyas palabras son tomadas de los parlamentos del Colón teatral de Lope, Comella, Kazantzakis y Ghelderode. En las veinte y pico de obras que he escrito hasta ahora, he descubierto que mi dramaturgia busca la comprensión de algo —el tema—, más que el contar algo —la trama—, aunque indudablemente lucha por integrar estos dos elementos *sine quanon* del drama. De este deseo de comprender teatralmente, nace mi búsqueda de nuevas fraguas dramáticas que logren ser recipientes de un teatro de ideas. Al escribir *El quinto viaje de Colón* creí configurar un nuevo molde dramático, pero me di cuenta, para mi azoro y humildad, que sin proponérmelo había recreado un festejo barroco; aunque esta forma dramática olvidada desde el siglo XVII, adquiere en mi obra ciertos matices fársicos que sólo la visión desesperada del siglo XX ha podido aportar.

Mi dramaturgia ha girado, además, alrededor de otro centro de gravedad: la edificación de un puente entre la historia y el drama. Usigli, en México, y Buero Vallejo, en España, lo han logrado con sus dramas anti-históricos que recrean fidedignamente la historia, con el triunfo de la ficción sobre la historiografía. En *El quinto viaje de Colón* todos los personajes son históricos —con excepción de los Siameses—, y además muchos de los parlamentos citan sus palabras originales; sin embargo, mi obra contradice la historiografía oficial que afirma que el Descubridor únicamente efectuó cuatro viajes al Nuevo Mundo, olvidando la travesía a América de sus restos. Escribí esta pieza para aquellos que no se conforman con una historia unidimensional para comprender el devenir de los tiempos, para ellos *El quinto viaje de Colón* pudiera arrojar un quantum de luz sobre el concepto de la Hispanidad, acaso con un deslumbramiento mas abundante en ideas que aquel generado por los consabidos cuatro viajes anteriores. Dirijo, pues, esta obra a quienes gustan jugar con la historia para descubrir sus acertijos, con la misma sonrisa irónica con que la historia parece divertirse con nosotros. Esta obra fue publicada en inglés en *Modern International Drama*, revista de la State University of Nueva York at Binghamton.

A continuación se incluye una entrevista al autor sobre esta pieza. En la revista *Théâtre/Public*, el crítico franco-chileno Osvaldo Obregón publicó en 1992 varias entrevistas a dramaturgos hispanos sobre la factibilidad de escribir teatro histórico hoy (Isidora Aguirre, Sergio Arrau, Enrique Buenaventura, Arnaldo Calveyra, Emilio Carballido, Jerónimo López Mozo, Alberto Miralles, Juan Carlos Gené, Roberto Ramos Perea, Jaime Salom, Guillermo Schmidhuber, José Sanchis Sinisterra y David Viñas).

«Entrevista a Guillermo Schmidhuber». «America 1492-1992. Théâtre et Histoire» *Théâtre/Public* (Francia) 107-108 (1992): 40-41.

1) *¿Por qué eligió tal personaje, tal evento y/o tal periodo histórico?*

Cristóbal Colón me ofrecía un personaje multifacético que pertenece tanto a la historia como a la ficción. Para celebrar el quinto centenario de su hazaña, escribí una trilogía que lleva a la escena una imagen total de la Hispanidad. La primera obra presenta las vicisitudes de los restos mortales del Descubridor y las dudas sobre el lugar donde se encuentran hoy (¿Santo Domingo o Sevilla?). Esta pieza me permitió cuestionar dramáticamente la unidad que integra a los veintiún países hispanos, su mismo título invita a reconsiderar la historia desde otra perspectiva: *El quinto viaje de Colón*, ya que la historia oficial solamente registra cuatro viajes. La segunda parte de la trilogía es una meditación sobre Hispanoamérica del siglo XX: *Por las tierras de Colón*, que presenta la historia real de dos actores que quedan atrapados en un teatro por treinta y tres horas debido al movimiento político conocido como El Bogotazo (1948).

Recientemente he terminado de escribir la tercera obra, *Never say Adiós to Columbus*, para presentar el exilio hispano en los Estados Unidos, y su consecuente pérdida de las tradiciones y la lengua. Fue escrita en inglés para presentar la incomunicabilidad entre un abuelo mexicano enfermo de Alzheimer y su única nieta que es angloparlante. El mismo proceso de desintegración de la memoria del protagonista es usado como metáfora; por otra parte, el título se refiere a la ciudad de Columbus, Ohio, y a la pervivencia de la Hispanidad en un mundo anglosajón. A pesar de que Colón no aparece en escena en ninguna de las piezas, su espíritu es omnipresente y su influencia es perceptible en todos los personajes. Se muestra el impacto del descubrimiento de América en diferentes circunstancias, hasta el punto que el espíritu Colón llega a simbolizar la esperanza de la América hispana.

2) *¿Qué tratamiento utilizó?*

Mientras escribía esta trilogía, leí todas las obras que pude localizar que llevaban a Colón a la escena: Lope de Vega, Comella, Thomas Morton, Rousseau, Lemercier, Claudel, Kazantzakis, Ghelderode, Bertin, Gala, y Cabrujas. Me di cuenta de que las más antiguas presentaban en forma realista la historia de un hombre esforzado; mientras que, posteriormente, la figura del Descubridor perdía su dimensión humana para alcanzar la de un santo, como en Claudel, o la de un mito, como en Ghelderode. Descubrí que es hoy imposible llevar a la escena un Colón histórico con un estilo realista, debido a que la aventura del descubrimiento sobrepasa los límites de lo escénicamente creíble, y porque esta hazaña fue un triunfo geográfico más que un conflicto humano teatralizable. Ghelderode pone en boca de Colón unas palabras que me dieron la clave del teatro histórico actual: «Hay que ser estatua para comprender». Por eso yo escribí mi trilogía desde la perspectiva de una estatua de Colón. *El quinto viaje de Colón* es una farsa desenfadada que relata la historia de un pueblo a quien se le pierden los huesos de su fundador. Esta pieza necesitó de una larga investigación sobre la historia, ya que todos los personajes son estrictamente históricos y muchos de sus diálogos repiten sus palabras, conservadas en cartas, escritos y actas notariales. Sin embargo, el género fársico me permitió presentar la historia desde una perspectiva inusitada y con una estructura diferente, ya que sus tres jornadas suceden en tiempos diferentes (siglo XVI, siglo XVIII y siglo XIX) y llevan a escena más de cuarenta personajes independientes con únicamente ocho actores y casi

ninguna escenografía. Por su parte, *Por las tierras de Colón* resultó un drama realista, con una multitud de juegos escénicos, incluyendo parodias de Colón, de la reina Isabel y de héroes, como Bolívar. En la tercera pieza regresé al realismo porque el caso clínico y la cotidianidad de los personajes me lo pedía; además porque dirijo la obra al público angloparlante, aunque utiliza el español para que este público perciba el aislamiento de un personaje cuya familia ha perdido su idioma.

Tradicionalmente, la unidad de una trilogía es fundamentada por la trama, al solucionar los conflictos a través de tres obras, y, normalmente, posee unidad de estilo. Por el contrario, mi trilogía posee unidad temática, ya que pretende presentar una visión total de la Hispanidad a los cinco siglos de su fundación en tres obras de trama independiente. Además, presenta tres formas de teatro histórico: 1) El personaje histórico per se, 2) La historia con personajes reales que no forman parte de la historia oficial, y 3) El impacto de la historia en personajes de ficción.

3) *¿Si todavía el autor está interesado en el teatro histórico?*

Creo que el teatro histórico seguirá subiendo a los escenarios mientras apele a la ficción como su fundamento y no a la historiografía. Solamente cuando el teatro altera la verdad histórica permite comprender al público los intrínsecos de la historia oficial. Hoy se puede escribir teatro histórico únicamente si se utiliza la farsa distorsionadora o la versión alterada de la historia, es decir, lo anti-histórico que entreteje personajes o sucesos ficticios junto a los históricos. En una palabra, mi interés por el teatro histórico permanece siempre y cuando se utilicen estas dos perspectivas, porque ellas permiten que el teatro cuestione la conciencia histórica de público.